

¿Sabías que...? El último libro de Eugenio Trías saldrá próximamente

El filósofo barcelonés Eugenio Trías Sagnier, fallecido el pasado domingo, acabó hace unas semanas su último libro, 'De cine: aventuras y extravíos', y se publicará en los próximos meses.

Bocanada de lume

JAUREGUIZAR



Hemingway vagaba por París atordado coma nun 'afterhours' no que a sorpresa axudaba a esquecer unha fame con idea de permanencia

MANUEL JABOIS cita aí atrás a Lemmy Kilmister, líder de Motörhead, cando cantaba aquilo de «foi unha época estupenda o verán de 1971. Non o lembro, pero nunca o esqueceré». Ese verán que non daba continuidade ao outono foi París para os norteamericanos que se pasearon polas ruínas celebrantes da primeira Guerra Mundial. Hemingway vagaba atordado pola capital parisina coma nun 'afterhours' no que a continua sorpresa axudaba a esquecer unha fame que ameazaba coa permanencia. Lumen vén de recuperar o seu 'París era unha festa', que aquí se traduciu máis axeitadamente como 'Unha festa móbil' (Sotelo Blanco). Henry Miller atreveuse a aceptar a realidade en 'Trópico de Cáncer' (Galaxia): «París é unha puta. Na distancia arrebatadora, non dá chegado o momento de tela nos brazos; cinco minutos máis tarde, sénteste baleiro». O París dos anos 20 irradiaba daquela cultura, gastronomía e moda, e segue irradiando fascinación. Aquela escena capitalina ten unha boa achega en Abott Joseph Liebling, quen, no seu 'Fome de París' (Edidouro), mira dende dentro dos escaparates dos restaurantes, ignorando aos esfameados Hemingway e Miller. O cadro non estaría completo sen artistas. Ese París atraeu tamén a Picasso e Juan Gris para envorcaren as teorías sobre pintura coa creación do cubismo. Acantilado traduciu 'El camino hacia el cubismo', de Daniel-Henry Kahnweilwer. O autor desvela a reacción de Braque diante de 'Les demoiselles d'Avignon': «Pareceulle como se alguén bebera petróleo para cuspir lume». Ese é o París que legaron: unha bocanada de lume.

LIBROS



Aspecto actual de Gran Central Station de Nueva York. JUSTIN LANE (EFE)

Y la pasión lo explica todo

► 'En Gran Central Station me senté y lloré', de la escritora canadiense Elizabeth Smart, es una lectura inmejorable para los cien años de la estación neoyorquina

RAMÓN ROZAS

PONTEVEDRA. Se celebra este mes el centenario de la construcción de uno de los edificios más emblemáticos de Nueva York. La Grand Central Station abrió sus puertas el 1 de febrero de 1913 y fue un grito de modernidad de una ciudad que acabó siendo la modernidad misma. Sus vías a dos alturas, sus suelos de mármol o sus lucernarios volcando luz a su interior, fueron conformando un espacio al que ya solo le era necesario el tiempo para convertirse en todo un símbolo para una metrópoli repleta de símbolos. Fue entonces cuando el cine la eligió como uno de sus grandes escenarios: desde Alfred Hitchcock con 'Encadenados' o 'La muerte en los talones', hasta la escena final de 'Los intocables de Eliot Ness' de Brian de Palma, con ese carrito de bebé cayendo por unas escaleras, la Grand Central Station se convirtió en una referencia filmica.

Obviamente la literatura también se sirvió de aquello que siempre representa una estación de ferrocarril. Un lugar de cruce de vidas. Pero también un espacio de encuentros, y cómo no, de amores y soledades. Scott Fitzgerald, Salinger, Edith Wharton, Wolfe o

Lee Stringer fueron algunos de los reputados escritores que emplearon ese cruce existencial en sus novelas, pero si hay un libro en el que esta arquitectura se incrusta de manera singular y efectiva fue la obra de la autora canadiense Elizabeth Smart 'En Grand Central Station me senté y lloré'.

Tras uno de los títulos más hermosos que nos podemos encontrar se esconde un canto poético al amor revestido de novela, pero en el que página tras página asistimos a las reflexiones de una mujer sobre un amor no correspondido hacia un hombre casado. En él, el brillante empleo del lenguaje desborda por todas sus esquinas, y una vez leído se entiende cómo este libro, publicado por vez primera en 1945, alcanzó esa consideración de libro de culto. Reeditado por la editorial Periférica en 2009, dejarse llevar por sus páginas supone asistir a un tránsito de emociones por la capacidad de su autora para describir emociones tan íntimas y sobre todo por el cómo se hace. Ese cómo parte de una mezcla de géneros, de la poesía a la autobiografía o a la propia novela, para configurar así un relato que, en palabras de uno de sus grandes defensores,

el escritor Enrique Vila-Matas, es «de una bella intensidad, extrema y rara». En esa rareza es abrupta y sensual, como corresponde a un relato encendido por la pasión, el deseo y la insatisfacción.

Además de en ese impactante título, la Grand Central Station aparece en uno de sus capítulos de remate, cuando el desconcierto y la zozobra se hace destino: «Mañana a las diez voy a tomar un tren. Todos los trenes me llevan hacia ríos que me hacen señas, guiños. Cruzando el día o cruzando el crepúsculo, me abro paso como un rayo dejando atrás los ríos hacia el río. Un río me espera. Uno, el único, y sabe ya con qué ruido mate caeré dentro del agua». Ya ven cómo se las gasta Smart. No es de extrañar que desde que escribiera este extenuante texto en 1945 no publicase nada hasta 1977.

Aquellas páginas, nacidas para consumirse bajo su propio ardor, quedaron ya impresas como el diario de un amor casi enfermizo, abocado al fracaso, pero gracias a él encontramos una de las mejores lecturas del pasado siglo y a la que volvemos una vez más como un andén irrenunciable de nuestra vida. Aquel donde la pasión lo explica todo.